

## Los Libros

DOMINGO MELFI FRENTE AL PAISAJE (1)

La literatura chilena tiene en Domingo Melfi un crítico cuyas opiniones autorizadas y penetrantes transpusieron las fronteras de su país. Hasta ahora ha recogido en volumen la primera serie de estudios, donde sistematiza la estimación panorámica e individual; pero esa visión compendiosa es ya indispensable para quien quiera conocer las letras de Chile en su íntimo desarrollo. Melfi va más allá de la expresión literaria, la cual concibe en función de la cultura y de las vastas proyecciones que ese fenómeno tan complejo tiene en la vida de un pueblo y en su acontecer histórico.

\* \* \*

Desde el libro y el diario, Domingo Melfi analiza en detalle libros y autores, sin perder de vista los movimientos de conjunto. Sabe integrar el contorno de una personalidad en una corriente determinada, sea como promotor de ella, sea como propulsor

---

(1) Reproducimos de *Argentina Libre* diario de vasta difusión, el juicio que mereció a Luis Emilio Soto el libro «El Hombre y la soledad en las tierras magallánicas». La obra crítica de Soto es de las más serias y ejemplares de Argentina reveladora de un rico temperamento y de una cultura literaria poco común. Semanalmente Soto analiza los libros de América, dándoles la significación y el sentido que tienen para la cultura general del continente.

que la saca de las disputas de capilla y le imprime el dinamismo de las formas auténticamente populares. El autor de *Estudios de literatura chilena* no es un investigador de gabinete, devoto de la filatelia de las fichas y desconectado de su medio, impasible a las resonancias locales que suscita el espíritu de la época y los sacudimientos que convulsionan el mundo; pero tampoco cede, como hombre de su tiempo y de su país, a las exigencias de la improvisación más o menos vistosa. Procura hallar una coherencia en el juego de ideas, pasiones e intereses, que pretenden reflejar las obras del espíritu. Lo cual no denota conformismo, sino comprensión de los móviles profundos. Sensible a la inquietud que Lastarria interpretó en su hora, Melfi rastrea los gérmenes y las conquistas del sentimiento nacional en la literatura chilena. Denuncia las falsas direcciones y pone de relieve, con la adhesión de su exégesis orientadora, aquello que en su sentir es un llamado de la tierra y del hombre, que en su seno trabaja, sufre, sueña un mundo menos imperfecto...

Los ensayos de Melfi sobre la literatura narrativa, descubren el cambio sucesivo de gustos y preferencias y de paso señalan la evolución de la sociedad chilena, según fué observado por los escritores contemporáneos. Cada figura allí comentada, recorta su perfil en medio del debate planteado entre las generaciones ascendentes, y luego, dentro de los cuadros en que estas últimas, ya en plena desintegración se fraccionan. Con juicio avisado y seguro, Melfi anota particularidades de estilo, advierte influencias, agrupa familias de espíritus. Desfilan los novelistas seducidos por los problemas regionales y éstos muestran su variedad desde los aspectos que presentan las regiones del salitre, hasta las minas de carbón y los bosques del sur: desde el paisaje y las formas de vida en los valles hasta las extensas costas de Chile. Desentraña la razón de ser del criollismo y, particularmente, subraya la existencia campesina, la cual es objeto de interés permanente por parte de los narradores de mayor envergadura. Melfi afirma: «A Chile le corresponde un

arte novelesco vigoroso de entonación estricta y auténticamente humana». Y en otro pasaje de sus *Estudios*, agrega: «El arte sutil de los que escriben para decorar con una lumbre ceñida y fina el ocio de los afortunados, puede ser una expresión, refinada, de creación. Es hasta preciso que ello exista y viva. Pero no es todo el arte, ni es exactamente una expresión integral de la obra artística».

En los trabajos de Domingo Melfi están presentes las tres operaciones primordiales que Croce recomienda y que exige al análisis de la obra literaria: exposición, valoración e historia. Sería un error, sin embargo, atribuirle una propensión al formalismo y a violentar el sentido de una novela o de un libro de cuentos, estaqueándolo dentro de un canon uniforme, de un esquema abstracto y profesional. Ni formalismo ni posición tendenciosa. La crítica de Melfi, tan sobria como precisa, pone el discernimiento sagaz al servicio de los valores humanos sin enfatizar su trascendencia. Disocia los hábitos mentales que por cálculo, ligereza o ignorancia unen a personas, hechos y cosas. En su lugar, establece entre ellos vivaces e insospechadas relaciones, con arreglo a nuevos conceptos de la historia y de la estética.

\* \* \*

En la síntesis final de *Estudios de literatura chilena*, el autor insiste en la necesidad de que la novela de su país observe tipos, conflictos y costumbres de la vida regional. No basta tener presente la condición humana y social del chileno que habita la ciudad y el campo ni caracterizar su convivencia con el cosmopolitismo que el aluvión inmigratorio entreveró con el español y el indígena. Melfi llama la atención de los novelistas sobre las regiones apartadas donde las pasiones son primitivas y rudas y, por tanto, ricas en episodios que estimulan la imaginación creadora. Menciona, entre otras, las regiones de Magallanes.

Ahora bien, Melfi—tasador de libros—no se ha dado por

satisfecho, expresando sus reacciones emotivas en presencia del paisaje descrito por otros. Tampoco se conformó con echar de menos la existencia de relatos alusivos a algunas zonas, que están fuera de la curiosidad y de la solidaridad social de las grandes ciudades, como ocurre también entre nosotros. La conciencia, ávida de dar un testimonio propio, desplazó momentáneamente al crítico. Lo demuestra bien el último libro de Melfi, *El hombre y la soledad en las tierras magallánicas*. En sus páginas llenas de finos rasgos intuitivos, la naturaleza aparece simultáneamente como un fenómeno de contemplación y de lucha. El historiador, el psicólogo, y a ratos, el sociólogo sin envaramiento doctrinario, evocan, describen y comprenden lo que el turista tiene delante de los ojos y no acierta a ver. Melfi narra aventuras de conquistadores y colonos extranjeros, movidos por el afán de codicia y por la audacia que chocan con el abandono del nativo, quien, a pesar de todo, sigue instintivamente aferrado al suelo que le disputan.

Melfi habla con apasionada comprensión de las zonas remotas del sur de Chile. A todos nos preocupan hoy las regiones australes del continente: antes disimularon allí sus puestos de observación estratégica las avanzadas del imperialismo tradicional con sus agentes exploradores, y ahora instala los suyos el cauteloso espionaje de los países totalitarios. Esos escurridizos confidentes impresionaron películas y levantaron planos de la Patagonia antes que nuestros novelistas le arrancaran sus secretos. Asimismo, por esos parajes, desfilaron «pioneers» lanzados detrás de la quimera del oro, apetito que dió lugar a peripecias dignas de la narración más apasionante. La realidad le ganó de mano, pues a los que cultivan la ficción y se desviven inventando aventuras que luego desechan una tras otra por temor de incurrir en exotismo. El libro de Melfi, por lo que respecta a Chile, invita a volver los ojos a problemas que encierran sugerencias de actualísimo interés.

\* \* \*

*El hombre y la soledad en las tierras magallánicas* es la imagen del paisaje a cuya delectación contemplativa se entrega un espíritu que está acostumbrado a reprimir sus efusiones. Melfi, en cuanto crítico, se abstiene de hacer literatura sobre literatura. Cuando juzga, libros, demuestra poseer capacidad para la apreciación objetiva, sin caer en dogmatismos de escuela. Uno de sus cuidados al pronunciarse sobre las producciones ajenas, consiste en no desvirtuar la reflexión crítica y, sobre todo, la parte de interpretación intuitiva que le es inherente. Melfi toma precauciones para no aguar con inoportunas interferencias subjetivas el razonamiento y el planteo de sus exámenes documentados. Pero en el libro que nos ocupa, Domingo Melfi renuncia por un instante a confrontar profesionalmente las versiones literarias con la realidad: ahora ofrece la suya y la somete al dictamen de los demás.—LUIS EMILIO SOTO.



SANTIAGO Y SUS ESCRITORES: «Estampas del Nuevo Extremo»,  
por Ricardo A. Latcham y «Tradición y leyenda de Santiago»,  
por Antonio Roco del Campo

Las fiestas que conmemoraron el IV Centenario de Santiago se han alejado hace bastante tiempo. La efervescencia de todo orden que ellas removieron perdurará sin embargo, por varios motivos. Entre ellos nos preocupa por ahora fijar en un panorama rápido, cómo el conocimiento de la historia de Santiago, su pasado total y su evolución magnífica, incitó y promovió varias empresas histórico-literario, que si no abundaron como se esperaba, hubo algunas destacadas y otras que llegaron con oportunidad, para satisfacer en parte ese conocimiento. Fuera